BALMES, UN PENSADOR DE HOY

Conferencia pronunciada en el

INTITUTO DE CULTURA ALFONSO X EL SABIO

SALAMANCA

4-11-2013

Por el profesor y escritor

D. Julián Sanz Pascual

Licenciado en Filosofía

De su libro:

Balmes, un pensador de hoy. Una filosofía de la objetividad

Ediciones Deauno. Buenos Aires, 2010.

* * *

Señora Presidenta, distinguido público:

Hablar de Balmes hoy no es tarea fácil, pues se trata de un pensador que, no siendo un absoluto desconocido, la opinión que se tiene de él suele estar cuajada de prejuicios.

Yo mismo, durante muchos años, había tenido de Balmes la imagen de la mayoría de la gente estudiosa de nuestro país, la que se ha ido forjando a lo largo de más de siglo y medio por los intereses de unos y de otros, especialmente por esa idea tan arraigada de las dos Españas. El hecho es que, para la gente que se ha considerado más *progre*, se trataba de un pensador católico, cura para más señas, que había afilado su ingenio en la defensa a ultranza de los intereses de esta confesión. En cuanto a su filosofía, que es de lo que vamos a tratar aquí fundamentalmente, se la suponía como un epígono de la escolástica más o menos trasnochada. Para remate de males, la de Balmes era una filosofía que se daba en los seminarios conciliares.

En lo que a mí respecta, de sus libros, sólo había caído en mis manos el más conocido de todos, *El criterio*. Lo había leído, al menos en parte, en tiempos en que aún no había hecho estudios de filosofía en una Facultad. Cuando a una edad ya bastante madura los comencé en la Complutense de Madrid, me había olvidado por completo del pensador catalán: lo que allí estudiábamos era otra cosa. Fue al terminar el cuarto curso, en el verano del 76, cuando un día, aburrido en las vacaciones, me topé un poco por casualidad con un ejemplar de *El criterio* que tenía en mi pequeña biblioteca.

Lo tomé con curiosidad y me dispuse a leerlo con la sonrisa del escéptico que se cree ya en un plano superior. Al principio, no encontré nada especial que me pudiera interesar, a no ser una gratificante sencillez, pero en cuanto a los contenidos me parecieron muy modestitos. Hasta que en el capítulo 13, "La buena percepción", me encontré con el epígrafe 3, "Escollo del análisis". Comenzaba así:

"Hasta en las materias en las que no entra para nada la imaginación y el sentimiento conviene guardarse de poner en prensa el espíritu obligándole a sujetarse a un método determinado, cuando o por su carácter peculiar o por los objetos de que se ocupa requieren libertad y desahogo"

Este breve párrafo me daba un vuelco a la idea que yo había tenido hasta entonces del pensador catalán, especialmente la frase "conviene guardarse de poner en prensa el espíritu obligándole a sujetarse a un método determinado". Se trataba sin duda de una frase propia de cualquier libertario, al menos de cualquier libertario teórico. Cuando menos, de este hombre se

podía decir que era hijo de su tiempo, que seguía el espíritu de la época, el que le llevó en un momento de su vida a escribir esta extraña exclamación puesta en la pluma de un clérigo, “¡Abajo la autoridad!”, Claro que no se refería a la autoridad civil o política, sino a la científica.

Esto me obligó a leer con el máximo interés lo que venía a continuación, que no era otra cosa que la filosofía de un hombre que tiene los pies muy bien asentados sobre el suelo, que ponía la realidad del objeto por encima de cualquier método de análisis. Sus palabras eran éstas:

“No puede negarse que el análisis, o sea, la descomposición de las ideas, sirve admirablemente en muchos casos para darles claridad y precisión; pero es menester no olvidar que la mayor parte de los seres son un *conjunto*, y que el mejor modo de percibirlos es ver de una sola ojeada las partes y relaciones que le constituyen”. (1)

Estas afirmaciones me dejaron boquiabierto. Es seguro que habrán sido miles los lectores ante cuyos ojos han pasado estas mismas palabras, pero en ninguno hasta hoy, al menos que yo sepa, se ha producido una reacción semejante a la mía, aunque no por casualidad, sino porque las ideas de Balmes apuntaban precisamente a las mismas sobre las que yo pretendía montar mi filosofía desde el primer curso de mis estudios en la Facultad: la recuperación de la idea de *síntesis* como mejor soporte intelectual que la de *análisis*, que es la que ha estado dominando en todos los ámbitos del saber. La cuestión y el problema es que estamos identificando “análisis” con “estudio”, olvidándonos de que en cualquier estudio, como vamos a ver, la *síntesis* constituye un componente esencial bastante diferente al de *análisis*, por no decir de mayor alcance.

Mas vamos un poco a la historia de la idea de *análisis*.

En el siglo XVIII, el ilustre filósofo alemán Leibniz había propuesto como modelo de pensar el más estricto análisis, es decir, el que supone que en los elementos resultantes del análisis más riguroso vamos a encontrar la razón de todas las cosas. Esto le llevó tan lejos que propuso como elementos constitutivos primarios y últimos las que él llamó *mónadas*, es decir, que todo está compuesto de *mónadas*, *lo que es uno*, según la definición que él da. A mí, esta manera de pensar, que en el primer curso de carrera nos propuso el profesor de filosofía, pronto me rebotó, pues entendí que no servía como modelo para la explicación, entre otras cosas, de la *isomería* que se da en la realidad.

En efecto, esta manera de pensar tan analítica no tardó en chocar en la ciencia del siglo siguiente, más concretamente en la química. Ocurrió en el año 1824, cuando Balmes tendría 14 años. Dos químicos, uno llamado Liebig y otro llamado Wöhler, estudiaron dos sustancias, y el estudio se lo enviaron a Gay-Lussac para que lo publicara en una revista que dirigía. Entonces, Gay- Lussac observó que las fórmulas empíricas que proponía cada uno eran las mismas, pero

las propiedades que describían eran distintas. Inmediatamente se lo comunicó a Berzelius, a la sazón el químico más famoso del mundo, quien observó lo mismo en otras sustancias que él estaba estudiando, y las llamó *isómeros*, palabra griega que significa "iguales proporciones". Este descubrimiento y este momento han resultado cruciales para la química, pues de ahí, a partir de la tetravalencia del carbono, se originó una rama nueva, la química orgánica. Y fue en 1861 cuando el químico alemán Kekulé recogió la idea de una manera ya definitiva en un libro de texto, que definía la química orgánica como la química del carbono. De ahí después, como ya se sabe, se abrieron de par en par las puertas de la bioquímica.

Es seguro que muchos de ustedes, al menos de los que se consideren alumnos de letras, pensarán que todo esto les desborda, sin embargo, lo que habían descubierto esos ilustres químicos, la *isomería*, era algo que nuestro lenguaje ordinario ha venido utilizando desde hace muchos siglos, por no decir desde siempre. Lo voy a explicar con un simple ejemplo. Pongamos estas dos sencillas frases: "Ésta es gente *menuda*" y "*Menuda* gente es ésta". Se trata de dos frases isómeras, pues tienen las mismas palabras, pero no dicen lo mismo. Pero es que además, en el lenguaje ordinario, la isomería es moneda corriente, tanto a nivel de sílabas como de palabras como de proposiciones. Filosóficamente, la cuestión es así de simple: en los ejemplos propuestos, ambos tienen *las mismas unidades*, las mismas palabras, pero *distinta unidad.* Las primeras serían las *unidades parte*, la segunda es la *unidad conjunción*. Parece evidente que las *unidades parte* de cualquier realidad no pueden por sí mismas dar razón de ella, sino que es necesario tener en cuenta también la *unidad conjunción*, que es precisamente lo que proponía Balmes. De no ser así, para descubrir los valores literarios de un escrito, por ejemplo, bastaría un estudio estadístico de las letras que lo forman; lo mismo que para conocer los valores estéticos y de todo orden de un edificio, bastaría saber la cantidad de ladrillos y de otros materiales que lo constituyen.

Por extraño que parezca, esta idea de la *unidad conjunción* está perfectamente recogida en nuestros diccionarios de español más al uso. Dicen así: UNIDAD: "Propiedad de todo ser, en virtud de la cual no puede dividirse sin que su esencia se destruya o altere". Ésta es la definición que yo había visto hasta ahora mismo en todos los diccionarios de español que habían pasado por mis manos, sin embargo, en el último diccionario de Espasa (año 2009), me he topado con esta otra definición tan desconcertante como empobrecedora. Dice así: "Propiedad de lo que es uno e indivisible". La sorpresa es mayúscula cuando he podido comprobar, con ayuda de otras personas por supuesto, que esta nueva definición se ajusta más a la definición de unidad que se da en los diccionarios de inglés, de francés y de alemán, lo que es una prueba evidente de nuestro ancestral papanatismo nacional. Pero es que además, la nueva definición del Espasa plantea un problema que la de antes había resuelto, y es el de la indivisibilidad. En efecto, si a la unidad la identificamos con la indivisibilidad sin más, no hay ni un solo ser material que tenga unidad,

pues todos son divisibles desde el momento en que tengan alguna extensión. Sólo tendría unidad la *mónada,* el átomo formal que había propuesto Leibniz, que por definición es inextenso, indivisible por tanto.

Con respecto al lenguaje, en el tema de la unidad que hemos propuesto, sin duda estamos siendo víctimas de una colonización al sometérnos sin precaución alguna a otros idiomas cultos, olvidándonos de que **un idioma no es sólo una manera de comunicar, sino también una manera de pensar**. Esto está claro en la definición de unidad que hasta ahora habían dado nuestros diccionarios de español, mucho más clara y profunda que la de los otros idiomas que he citado. El pensamiento de Balmes y el que yo había tenido antes de conocer su filosofía, posiblemente no hubiesen sido posibles en otro idioma que el español.

Mas volvamos a nuestro autor, quien para explicar esta idea de *unidad conjunción* o de *síntesis,* pone a continuación el ejemplo de una máquina desmontada primero y montada después. Es evidente que sólo cuando está montada comprendemos, según sus propias palabras, "el destino de cada pieza y cómo cada una contribuye al movimiento total", En mi libro, *Balmes, un pensador de hoy* (2), que publiqué en 2010 con motivo del segundo centenario de su nacimiento, anoto un ejemplo similar al de Balmes, el propuesto por un ilustre y joven biólogo de hoy, Luis Serrano. Decía así:

"Cuando hablamos de biología de sistemas, yo propongo una analogía. Si miro los componentes de un avión por separado, en algunos casos puedo adivinar su función, por ejemplo, el ala; pero en otros casos sólo puedo entenderlo dentro del conjunto". (3)

Me parece que la analogía que propone este ilustre y joven biólogo catalán no se diferencia absolutamente en nada en el fondo de la que ha propuesto Balmes. Es claro que a Balmes no se le pudo ocurrir lo del avión, que no deja de ser una máquina.

NUESTRA CULTURA

Por supuesto que el descubrimiento que yo acababa de hacer en *El criterio,* me llevó a ocuparme de este olvidado filósofo y de la historia que había tenido en nuestro anciano país. Y me fui al año 1910, a la celebración que se produjo con motivo de cumplirse el primer centenario de su nacimiento. La literatura que encontré no pudo ser más decepcionante. Sólo voy a citar la opinión de dos ilustres filósofos: Ortega y Gasset, y Unamuno. El primero, refiriéndose a alguien que por esas fechas había ensalzado la figura de Balmes, escribió:

"No es bastante citar nombres que suenan con una imprecisa magnificencia; hoy mismo leo unas faltas de discreción y de finura moral que un hombre dejado de la mano de Dios come-

te a propósito de Balmes. Este hombre dice que Balmes está injustamente olvidado, que es un pensador profundo y demás palabrería del viejo y peor periodismo. Y me pregunto: ¿Qué idea determinada, qué hallazgo, qué invención, qué algo concreto podíamos hallar los españoles en Balmes con lo cual enriqueceríamos nuestra vida interior? El aludido periodista no lo dice; mientras no lo diga, lo que hoy escribe permanecerá en la ridícula posición de haber dicho algo que no es nada a la postre" (4).

Unamuno resulta aún más demoledor:

"No cabe formarse una regular idea de lo que fueron los portentosos sistema de Kant, Hegel, Fichte, Sheling, etc,.por lo que de ellos nos dice Balmes en su *Filosofía fundamental* … No he podido volver a leer a Balmes, cuando lo he intentado, me ha saltado al punto a la vista la irremediable vulgaridad de su pensamiento, su empacho de sentido común. Y el sentido común, como dicen que decía Hegel, es bueno para la cocina. Con sentido común no se hace filosofía". (5)

No traigo estos textos aquí para desatar una polémica, sino como una simple información de lo que ha ocurrido, lo que acaso hoy nos sería muy difícil de juzgar con justicia, pues habría que remontarse a la mentalidad dominante del momento en que escribieron aquello nuestros dos ilustres pensadores. Hoy, sin embargo, lo que nos interesa es tratar de descubrir cuáles son los valores que puede representar Balmes para nuestro saber, para la filosofía en general y para cada una de las ciencias en particular. Con respecto a Hegel, que es el pensador en el que Unamuno incide con más decisión, sólo voy a decir que en este autor está el origen de que la filosofía, desde las primeras décadas del siglo XIX, no pudiera convivir en armonía y en cooperación con las ciencias más punteras, especialmente con la física, lo que llevó a la filosofía, la que podemos llamar oficial, a desnaturalizarse convirtiéndose en un puro saber de letras. Invito al que le interese este tema a que lea algunos artículos de la obra de Hegel *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Me permito copiar éste, referido al sonido:

" C) EL SONIDO. La simplicidad específica de la determinación que el cuerpo tiene en la densidad y en el principio de su cohesión (esta forma primero interna que es traspasada al fraccionamiento material con su sumergirse dentro), se hace libre en la negación de la subsistencia por sí de este su fraccionamiento. Tenemos así el paso de la espacialidad material a la temporalidad material. Esta forma está en un trémolo por efecto de la negación momentánea de las partes, y a la vez de la negación de su negación, ligada la una a la otra y suscitada la una por la otra, y, por consiguiente (como una oscilación entre el subsistir y la negación del peso específico y de la cohesión), está en la materialidad como idealidad de ésta. Por tanto es la forma simple que existe por sí y se manifiesta como animación mecánica..." (6).

A la vista de párrafos como éste, uno se pregunta qué ha querido decir el *ilustre* pensador alemán. Balmes, sin embargo, quince años después de la muerte de Hegel, escribía:

"Del mismo sonido nada sabemos científicamente, sino lo relativo a extensión y movimiento. Es sabido que la escala musical se expresa por una serie de números fraccionarios que representan las vibraciones del aire" (7).

¿Hay una forma más sencilla y más al alcance de cualquier persona medianamente culta de explicar lo que es el sonido?

Después de lo que acabamos de anotar de la historia en lo que se refiere a la filosofía de Balmes, lo que procede, creo yo, es entrar a fondo en su obra cumbre, *Filosofía fundamental*, al objeto de comprobar en ella si lo que hemos descubierto en *El criterio* ha sido algo casual o, por el contrario, forma parte sustancial de su filosofía. No hay que olvidar que él escribió esta extensa obra dividida en diez libros con el objeto de renovar los estudios filosóficos universitarios en España, cosa que quedó en el aire debido a su temprana muerte, también bastante a nuestro ancestral papanatismo nacional, como ya he dicho, que siempre se ha fascinado por lo que oliese a extranjero con desprecio de lo propio. Pero, como ya he dicho también, no pretendo entablar una polémica, sino sencillamente exponer en la medida que nos va a permitir una sencilla charla algunos de los puntos que nos parecen de mayor interés para la ciencia y la filosofía. Mas antes sería bueno echar, aunque sólo sea una pequeña ojeada, a la biografía de Balmes.

BREVE APUNTE SOBRE LA BIOGRAFÍA DE BALMES

Según la biografía que la BAC propone en la edición de las *Obras completas* publicadas en 1948 con motivo de la celebración del primer centenario de la muerte de Balmes, dice que sus ascendientes, en cuanto a su condición social, pertenecieron a la clase trabajadora y humilde. Los de la línea materna ejercieron todos el oficio de arrieros, y por línea paterna sus ascendientes fueron curtidores. Quiero recalcar lo de arrieros, así como que el padre de Balmes hacía frecuentes viajes a Castilla, cosa que pudo influir en el carácter abierto y universalizador del pensador catalán, lo que le llevó a escribir sus obras en castellano y no en catalán. Por esto sin duda, el poeta Joan Maragall, abuelo del político Pascual Maragall, dijo de Balmes que era catalán, pero que no era catalanista, lo que le dejó descalificado para cualquier aventura analítica o de ruptura. (8). Pero es que Balmes incluso estudió francés para viajar a París y poder leer las obras de Kant, que en España estaban prohibidas. Incluso también viajo a Londres. Es que la filosofía, por su propia naturaleza, nunca podrá ser nacionalista, sino universalista, como lo fue la filosofía clásica griega, lo que le ha dado una vigencia que se mantiene hasta hoy mismo a pesar de los sucesivos avatares de la historia.

Balmes nació en la ciudad barcelonesa de Vic en 1810. Fue el cuarto de una larga lista de doce hijos. Su vida, desde su infancia, estuvo vinculada a la Iglesia y a su obispado, que entonces dominaban el panorama intelectual y social, más en una pequeña ciudad epìscopal de la montaña como era Vic. En la biblioteca que fundó y enriqueció el obispo Corcuera en su largo episcopado encontró Balmes los medios para satisfacer sus ansias de saber. Primero estudió en el seminario, después con una beca pudo hacer estudios superiores en la Universidad de Cervera, una población no muy grande de la provincia de Lleida, la única Universidad que entonces había en Cataluña, pues la de Barcelona había sido suprimida por Felipe V. Allí, asómbrense el lector de hoy, Balmes estudió teología, cánones y retórica, llegando a obtener el título de Doctor. Pero este hombre, a pesar de alcanzar el título universitario máximo, no encontró después un puesto en la Universidad, ni en la de Cervera cuyo cierre coincidió prácticamente con el fin de los estudios de Balmes ni en la de Barcelona, que se reinstauró al cerrarse la de Cervera. Pero es más, habiéndose ordenado sacerdote en 1834, ni siquiera pudo conseguir mediante oposiciones una canongía en Vic.

El propio Balmes nos da cuenta de esta difícil situación:

“Concluido el curso de 1834-1835, me fui a mi casa, y no quise volver a la Universidad; la guerra y la revolución iban arreciando; y yo preferí a la carrera universitaria la oscuridad de la vida doméstica”

Esto además coincidió con la muerte del obispo Corcuera, que había sido su gran valedor. El biógrafo Córdoba describe así su situación:

“Falto de medios y de relaciones para presentarse en las universidades y disputar una cátedra con la esperanza de conseguirla; suspensas por orden del gobierno las provisiones de prebendas eclesiásticas y los concursos a canongías de oficio; obstruidas todas las carreras a que en tiempos más felices podían dedicarse los jóvenes aplicados y sobresalientes; sofocada la voz del sabio por el grito del guerrero; convertida España en un campamento, y luchando la mitad de sus desventurados hijos contra la otra mitad, contemplaba Balmes asombrado aquel inmenso horizonte de calamidades, aquel cuadro desgarrador, más sangriento todavía en Vic, capital de la montaña, centro de la lucha civil, y veía desaparecer una perspectiva brillante que cuatro años atrás era objeto de sus ilusiones y de sus esperanzas” (9)

Esto no es más que un pequeño apunte de la situación calamitosa en que por aquellos tiempos le tocó a Balmes moverse en los momentos más cruciales de su vida adulta profesional.

Sólo anotaremos que este gran hombre, que no tenía vocación de guerrero, no dio la espalda a la situación, nunca se la dio, sino que siempre ejerció su responsabilidad, aunque sin

perder nunca sus papeles y sin salirse del ámbito de la cultura en que se movía, la cristiana, yo diría mejor la evangélica. Así se ha de entender esta evangélica frase suya:

“Hay que ahogar el mal con abundancia de bien”.

Esta situación tan difícil le llevó a tener que ganarse sus primeros garbanzos como profesor de matemáticas en Vic, en una institución filantrópica que los Amigos del País habían extendido por España a fin de elevar el nivel cultural del pueblo.

SU “FILOSOFÍA FUNDAMENTAL”

Resultaría imposible hacer una exposición de toda la *Filosofía fundamental de* Balmes en una breve charla como ésta, a no ser que nos limitásemos a una exposición superficial de cada uno de sus diez libros: “De la certeza”, “De las sensaciones”, “La extensión y el espacio”, “De las ideas”, “Idea de ente”, “Unidad y número”, “El tiempo”, “Lo infinito”, “La substancia” y “Necesidad y causalidad”, todas cuestiones de la más profunda raigambre filosófica. Por esto he decidido centrarme en dos cuestiones muy concretas: el tiempo y la relación entre las palabras y las ideas.

EL TIEMPO

No cabe duda de que la idea de tiempo es una de las más inquietantes. Por supuesto que el tiempo es un tema clave de la física, bien que no hay ciencia alguna, por no decir actividad alguna, que no se vea necesitada de él desde el momento en que se ocupan de los objetos con movimiento, los que son dinámicos. Incluso la lingüística, que es un saber de letras, es tributario de la idea de tiempo, pues no sólo se ocupa de la escritura, que es espacial, sino que ha de atender también a la lectura, que ya es temporal. ¿Y qué decir de la música, que es pura temporalidad, por no decir puro dinamismo? Y éste es nuestro problema, el dinamismo de todas las cosas, lo que nos obliga a ocuparnos del tiempo, que es el que nos puede dar razón de ese dinamismo. Mas como el tiempo en sí es algo inasible, por no decir inmaterial, nos vemos obligados a recurrir a aquellos objetos dinámicos que pueden estar al alcance de nuestros sentidos para poderlos observar y medir.

Por esto, desde nuestros más oscuros orígenes, el hombre ha recurrido al tiempo astronómico, de manera singular al que nos ofrece el astro rey, el Sol, que nos permite seguir el

movimiento de la Tierra en su rotación diaria sobre su eje, el que nosotros percibimos gracias al Sol, que proyecta sobre nuestra superficie sombras cuyo movimiento se puede fácilmente identificar y seguir. Esto dio lugar a los relojes de sol.

Sin embargo, como este reloj no es demasiado práctico para el uso diario, si exceptuamos a la gente del campo, el hombre ha recurrido al movimiento de otras cosas como los relojes de agua o de arena, en la Edad Media, a los relojes mecánicos, lo que ha culminado en estos pequeños artefactos que solemos llevar a todas partes en la muñeca. Sin embargo, estos relojes plantean un problema práctico muy peliagudo: ¿cuál de ellos ha de ser el referente universal al que se han de ajustar todos los demás? La solución se ha encontrado en un reloj natural del que acabamos de hablar, el que es la propia Tierra en su giro diario de rotación sobre su eje, que se supone siempre idéntico, y que se ha dividido en 24 partes, que son las horas, que corresponden geográficamente a los 24 meridianos.

Para centrarnos en el tema del tiempo y en la enorme importancia que tiene, digamos que dos son las formas en las que percibimos las cosas: el espacio y el tiempo, las que Kant denominaba formas *a priori* de la sensibilidad. Para simplificarlo más, digamos que todo lo que percibimos y de lo que tenemos conciencia es, o bien *simultáneo* o bien *sucesivo*. Las ciudades de Salamanca y de Segovia, por ejemplo, son simultáneas, lo que quiere decir que la existencia de la una no excluye la de la otra, y sus relaciones nos las da el espacio, el que estudiamos en la geometría. Sin embargo, lo que ocurrió ayer y lo que ocurre hoy son hechos sucesivos, es decir, se dan en el tiempo, pero no al mismo tiempo. De lo que ocurre en este instante, tenemos información presente, mientras que de lo que ha ocurrido en el anterior sólo tenemos la información que nos permite la memoria. Así, bien podemos decir que mientras el *espacio* nos puede dar razón de lo *estático*, el *tiempo* nos la puede dar de lo *dinámico*. Sin embargo, si bien tenemos un órgano que nos permite percibir el espacio puro, al menos con la imaginación, no disponemos de órgano alguno que nos permita percibir ni siquiera imaginar el tiempo puro. Un hombre aislado y en la oscuridad tarda muy poco en perder la noción del tiempo. Balmes habla de ello, y modernamente se han hecho experiencias que lo confirman.

Estas dificultades para identificar el tiempo en sí, nos obligan a que lo hayamos de espacializar de alguna manera. Basta como ejemplo el reloj mecánico, que nos permite *ver* el tiempo en una esfera numerada, lo que lo hace espacial. Por todo esto, Balmes comienza diciendo:

“La explicación de la idea de tiempo no es una mera curiosidad, sino un objeto de la más alta importancia. Basta para convencerse de ello el considerar que se interesa en la explicación de todo el edificio de los conocimientos humanos”.

Pero ¿qué es el tiempo?

"El tiempo – dice Balmes – no parece que pueda ser distinto de las cosas; porque ¿hay quien pueda pensar ni imaginar lo que es una duración distinta de lo que dura, una sucesión distinta de lo que sucede? ¿Será una sustancia? ¿Será una modificación inherente a las cosas pero distinta de ellas?"

Balmes nos da esta sencilla explicación:

"Todo lo que es algo existe, y, sin embargo, el tiempo no lo encontraréis existente nunca. Su naturaleza se compone de instantes divisibles hasta el infinito, esencialmente sucesivos y, por tanto, incapaces de simultaneidad. Imaginad el instante más pequeño que queráis, ese instante no existe, porque se compone de otros infinitamente pequeños que no pueden existir juntos. Para concebir el tiempo existente es necesario concebirle actual, y para esto es preciso sorprenderle en un instante indivisible, más éste ya no es tiempo, ya no envuelve sucesión, ya no es una *duración* en la que haya un *antes* y un *después*" (10).

Me parece que en tan pocas palabras no se puede decir nada más profundo y a la vez luminoso sobre el tiempo. A primera vista, parece una cosa muy sencilla, pues del tiempo todos hablamos con gran naturalidad, mas, cuando pretendemos ir al fondo, cuando lo analizamos, nos encontramos con la sorpresa de que se nos va de las manos. En efecto, cualquier instante, por pequeño que sea, siempre será divisible si es que tiene alguna duración, lo que quiere decir que se compone de instantes sucesivos que no pueden existir al mismo tiempo. Entonces, sólo existirá aquel instante que no se pueda dividir, es decir, cuando no dure nada, pero, si no dura nada, ya no es tiempo, lo que nos lleva a este absurdo: que el tiempo sólo existe cuando no existe.

Llevado esto hasta las últimas consecuencias, nos conduciría a un escepticismo tan absoluto que no nos permitiría ni movernos, dificultad a la que el propio Balmes ya se ha enfrentado en su libro primero, "De la certeza". Lo dice así:

"No estando ciertos de algo, nos es absolutamente imposible dar un solo paso en ninguna ciencia, ni tomar una resolución cualquier en los negocios de la vida. Un escéptico completo sería un demente y con una demencia llevada al más alto grado; imposible le fuera toda comunicación con sus semejantes, imposible toda serie ordenada de acciones externas, ni aún de pensamientos y de actos de la voluntad. Consignemos, pues, el hecho, y no caigamos en la extravagancia de afirmar que en el umbral del templo de la filosofía está asentada la locura" (11).

Ahora Balmes, en el tema del tiempo, se va a aplicar su propia receta y, a pesar del absurdo al que ha llegado, que el tiempo sólo es tiempo cuando no dura nada, es decir, cuando no es tiempo, no va a dudar en seguir reflexionando sobre él, pues, nos guste o no, lo comprenda-

mos o no, lo necesitamos para dar razón de lo dinámico, de las cosas que se mueven, que son todas, a no ser que nos elevemos al plano místico, que no era precisamente el que atraía a Balmes. Y éste, creo yo, es uno de los temas en el que el pensador catalán da la talla de su genio renovador para la filosofía y la ciencia: nada menos que se adelanta más de medio siglo a las ideas que al final del XIX y a principios del XX llevaron a Einstein a enunciar su famosa teoría de la relatividad.

Como hemos dicho al iniciar este punto, todo lo que hay es simultáneo o sucesivo, de lo primero nos va a dar razón el espacio, de lo segundo, el tiempo. Es evidente que cualquier medida, sea espacial o temporal, la hemos de referir a algo fijo. En cuanto al espacio, parece que no hay problema para identificar ese algo fijo: la pulgada, el pie, la cuarta, la vara, el metro, etc. En el tema del tiempo, la cosa no ha sido tan sencilla, pues no es posible una materialización de sus unidades. Para nuestro uso diario y práctico nos sirve el reloj mecánico. Sin embargo, el reloj marca el paso del tiempo de acuerdo con la velocidad que su artífice ha querido dar a las agujas, lo que quiere decir que se trata de unidades convencionales de tiempo, lo que hace muy difícil que todos nos podamos entender con ellas de manera precisa. Así, nuestro autor comienza haciendo este comentario:

“No encontrando esa medida en los artefactos ideados por el hombre, preciso es buscarla en la naturaleza, y así podemos encontrar medidas fijas. Refiriéndonos al curso del sol y tomando por unidad el tiempo que tarda en volver al meridiano, tenemos el día, que dividido en 24 partes nos da las horas, con lo cual hallamos un gran reloj que nos sirve para ajustarlos todos.

“Sin embargo – prosigue -, por poco que se reflexione, pronto se echa de ver que la solución no es tan satisfactoria como parece a primea vista.

“El tiempo solar no es igual al tiempo sideral. Así, tomando el momento en que una estrella se encuentra en el meridiano junto con el sol, se nota que al día siguiente la estrella llega al meridiano un poco antes que el sol. ¿Quién tiene razón? ¿Será la estrella la que habrá gastado las 24 horas justas, o será el sol? Si el tiempo es cosa fija, independiente del movimiento, una u otra de esas medidas no corresponde exactamente al tiempo”.

El hecho astronómico que propone Balmes, el tiempo sideral por oposición al solar, es algo que hoy no resulta extraño en la cultura astronómica más elemental, pues en cualquier libro de divulgación se puede encontrar explicada la distinción entre el tiempo solar y el sideral: mientras el Sol tarda 24 horas en volver al mismo meridiano debido a la velocidad de la Tierra en su rotación, una estrella que se toma como referencia tarda 23 horas y 56 minutos, es decir, como ha dicho Balmes, llega al meridiano un poco antes que el Sol. Sin entrar aquí en las expli-

caciones angulares que los astrónomos han dado a esto, el hecho simple es que tenemos dos relojes astronómicos cuyas medidas del tiempo no coinciden. Mas dejemos hablar a Balmes:

"Este argumento, que podría llamarse práctico, se fortalece con otro puramente teórico. Tomados los movimientos celestes por medida del tiempo, ¿será verdad que ha pasado un determinado tiempo fijo, siempre que se haya verificado el movimiento que le sirve de norma? Si se me dice que sí, inferiré que, aunque se acelerase o se retardase, por ejemplo, si una revolución solar se hiciese con la mitad o el duplo de la velocidad ordinaria, habría el mismo tiempo, lo que parece absurdo" (12).

Conviene aclarar para nosotros que, cuando Balmes habla de una revolución solar, se refiere a lo que a nosotros nos parece desde nuestra perspectiva terrestre. Por esto, bien se puede decir que lo que entendemos como un reloj solar, es sólo un equivalente a la esfera de nuestros relojes mecánicos, la que nos permite *ver* el tiempo, pero la maquinaria de este gran reloj es la Tierra, que es la pieza que realmente se mueve y hace mover las sombras que el Sol proyecta sobre la Tierra, las que nos permiten ver el tiempo que marca el reloj solar, que no coincide con el que marca el reloj sideral. Comparado con nuestros relojes, la diferencia no está en la maquinaria, que siempre es la misma, la Tierra, sino en la esfera que nos la muestra: una solar y otra sideral, que no coinciden.

Mas volviendo a los desajustes entre los diferentes relojes, el físico australiano Paul Davies en su libro *Sobre el tiempo*, nos propone otra comparación, el que marca la Tierra como reloj con el que marca el reloj atómico de cesio que está en Bonn, la capital de la antigua República Federal Alemana. Se observa que la vieja Tierra no da la talla, según las palabras de Davies, pues se retrasa unos segundos con respecto al reloj de cesio, que se supone absolutamente exacto. Esto se ha tratado de corregir añadiendo al tiempo de la Tierra algunos segundos, el último del que habla el autor es del 30 de junio de 1994. Entonces, la pregunta que se hace Davies parece muy pertinente:

"Sabemos que los relojes no tienen por qué coincidir: el reloj de la Tierra no está sincronizado con el reloj de Bonn. Entonces, ¿cuál es el *correcto*?" (13).

El correcto es el que han decidido los científicos arbitrariamente y por razones prácticas, quizá porque el reloj de cesio les ofrece mayores garantías de regularidad, quizá también porque les era más fácil ajustar el gran reloj de la Tierra al pequeño reloj de cesio que el de cesio al de la Tierra, no por ninguna razón que pudiéramos llamar natural o de jerarquía. ¿Y no es ésta la pregunta que se ha hecho Balmes con respecto a los dos grandes relojes que entendemos como naturales, el solar y el sideral?

No me extiendo más en este comentario, dejando a gente más especializada que yo para que ahonde en el tema y dé a Balmes el puesto que le corresponde en una cuestión tan actual y tan eterna a la vez como es la del tiempo. Es más, habría que añadir que con las ideas de Balmes, con la clara diferencia que él va a establecer entre las nociones de espacio y de tiempo, difícilmente se va a poder mantener ya ese híbrido del *espacio-tiempo*, que en la teoría de la relatividad de Einstein se ha propuesto como una *cuarta dimensión* del espacio.

LAS PALABRAS Y LAS IDEAS

El último de los temas que me propongo desarrollar de la filosofía de Balmes está en el libro IV, *De las ideas*, que yo he visto publicado de manera independiente, lo que puede dar idea, nunca mejor dicho, de la importancia que se le da en la filosofía. Mas aquí nos vamos a limitar al capítulo XXVIII, titulado "Observaciones sobre la relación de las palabras con las ideas". Se trata del tema que en la lingüística se llama de la *semántica*. La cosa no tendría mayor dificultad si la correspondencia entre las palabras y las ideas fuese unívoca, pero el hecho es que prácticamente no hay una sola palabra que no tenga más de un significado, en algunos casos como "pie", por ejemplo, el número de significados que se pueden encontrar resulta escandaloso, 110 en el *Diccionario del español actual,* de Manuel Seco (año 1999). Pero es que no es sólo el número de significados recogidos por los diccionarios, sino los nuevos que se van desencadenando por el uso de las palabras que vamos haciendo los hablantes, sobre todo por el lenguaje figurado que solemos emplear con mucha frecuencia. Lo que esto nos quiere decir es que en el lenguaje ordinario, en las palabras, hay un dinamismo que es necesario asumir y explicar. Mas permítanme que empiece haciéndolo con un viejo chiste:

A un señor le preguntan: "¿A usted le *gustan* los niños?" Y el señor responde: "Sí, sí, yo como de todo"

El problema semántico que se nos plantea es que hemos dicho una sola vez la palabra "gustan", sin embargo, la hemos entendido con dos sentidos completamente distintos en los dos contextos verbales que hemos propuesto. ¿Cómo se explica esto? A esta cuestión, que es fundamental, trató de responder Balmes en este capítulo que estamos comentando. Los lingüistas también están tratando de responder a esta cuestión desde hace mucho tiempo, lo que hoy resulta vital para conseguir ese sueño dorado de los informáticos de la traducción automática por ordenador, también de unos correctores ortográficos automáticos que sean perfectos. Hoy los hay muy eficaces, pero en ningún caso pueden ser perfectos, pues el ordenador no es capaz de distinguir al sentido el significado de las palabras tal como lo hacemos los hablantes, mucho menos la malicia con la que frecuentemente utilizamos las palabras. Los lingüistas se han deva-

nado el cerebro para desenredar este misterio, y lo han buscado a base de análisis y más análisis, los que el ordenador podría asumir gracias a su potentísima memoria, infinitamente superior a la del mayor memorión humano.

Balmes ha ido por un camino muy distinto, dando una explicación que es mucho más sencilla y que puede estar al alcance de cualquier persona medianamente culta. No vamos a desentrañar aquí todo el capítulo XXVIII, lo que queda para los estudiosos, sino que vamos a limitarnos a exponer la idea fundamental.

El planteamiento que hace Balmes de la temporalidad, él lo llama de la *instantaneidad* del pensamiento. Una de las conclusiones a las que llega después de haberlo ilustrado con algunos ejemplos:

"Luego es imposible el exacto paralelismo que algunos suponen entre las ideas y las palabras".

Las ideas forman el lenguaje mental, mientras que las palabras constituyen el lenguaje oral. Lo que él viene a decir es que hay un desajuste temporal entre el momento de oír una palabra y el de identificarla con la idea correspondiente. En efecto, si la identificación fuese instantánea, sería imposible que pudiésemos entender una misma palabra con más de una idea, pues éste saltaría automáticamente al instante como ocurre en las máquinas. En el chiste que hemos propuesto, la palabra "gustan" la hemos dicho una sola vez, pero en dos contextos distintos, lo que dispara su significado en dos sentidos distintos. De esta manera se explica la *homonimia*, la que es posible gracias al dinamismo de nuestro cerebro, a que la identificación de los conceptos no es instantánea, es decir, que no se identifican en el momento mismo de llegarle cada palabra. Los neurocientíficos de hoy lo llaman plasticidad, yo creo que impropiamente, pues *plasticidad* es un término referido a la *forma*, que es *espacial*, mientras que el dinamismo lo hemos de entender en la *temporalidad*, que ya no es tan formal.

La observación de Balmes del desajuste temporal entre el lenguaje hablado y el pensado, que leí hace años, fue para mí revelador, y el que me ha hecho posible el desarrollo de una filosofía del lenguaje mucho más satisfactoria, creo yo, que la que había seguido hasta ese momento.

Este desajuste temporal entre el momento de oír una palabra y el de identificarla con el concepto correspondiente se puede comprobar con una experiencia como ésta:

Un día estaba yo abstraído en mi trabajo, y alguien a mi espalda me preguntó: "¿Ha venido Ricardo? ". Ni respuesta fue: "¿Quién?... Sí".

Es decir, después de haber oído la palabra “Ricardo”, pregunté “¿Quién?” , lo que quiere decir que aún no la había identificado con el concepto correspondiente; después, sin que mi interlocutor me hubiese aclarado nada, respondí “Sí”, lo que quiere decir que ya la había identificado. Me parece que se trata de una experiencia muy común, sólo que raramente se ha reparado en ella. Lo sorprendente es que la modernísima neurociencia, que posiblemente no tenga más de una década de historia, recientemente ha reparado en esta diferencia temporal, incluso la ha calculado en 80 milisegundos. Otras medidas dan sólo 75 milisegundos.

La explicación que Balmes da a la *homonimia* es temporal o sintética, mientras que la que han pretendido los lingüistas hasta hoy ha sido espacial o analítica. Ésta se podría encontrar si el lenguaje ordinario fuese sólo escritura, puesto que la escritura es espacial, pero este lenguaje también es lectura, y la lectura es temporal, lo que exige que hagamos intervenir al tiempo en esta explicación.

Sólo añadir que este desajuste que se produce entre los lenguajes hablado y pensado es paralelo al que se produce en todas las cosas tal como hemos visto al hablar del tiempo, lo que ha sido el caballo de batalla de la célebre teoría de la relatividad. Pero aun añadiría otro rasgo singular del lenguaje ordinario: que los términos no significan de manera continua o analítica, sino sintética o a asaltos, es decir, por relación, exactamente lo que ocurre en la física, observable de manera especial en la llamada física cuántica. Los problemas de esta física son los mismos que tienen los lingüistas para explicar la homonimia: que no es posible encontrar la razón del hecho en el análisis, que es espacial, sino que es necesario recurrir a la síntesis, que es temporal.

EL PENSAMIENTO DE BALMES RESUMIDO EN UNA SOLA PALABRA: UNIDAD

Y ahora para terminar, voy a tratar de resumir el pensamiento de Balmes en una sola idea, por no decir en una sola palabra, la *unidad* de la que hemos empezado hablando.

La *Filosofía fundamental* de Balmes constituye un arsenal inagotable de ideas, algunas de las cuales hemos tratado de exponer, sin embargo todo ese inmenso arsenal se puede reducir a una idea clave, la que se resume en la palabra *unidad*. Leibniz, un pensador por el que Balmes sentía una gran admiración, había planteado su filosofía también en términos de unidad, pero se había quedado en la unidad de análisis, la que se encuentra en el límite de la división de cualquier objeto, unidad a la que llamó genéricamente *mónada* (lo que es uno). Esta *mónada,* según ya hemos dicho, es indivisible e incomunicable, no tiene ventanas en palabras del propio Leibniz. Se trata, por supuesto, de una especie de átomo, mas no de un átomo real, sino formal, pues

los átomos reales sí se comunican, sí tienen ventanas, y además, contra su propia etimología, son divisibles.

A Balmes, por supuesto, esta doctrina no le satisface, pues, entre otras cosas, como ya hemos dicho, no da razón de los *isómeros*, es decir, de las sustancias que, teniendo los mismos componentes, son cualitativamente distintas. Entonces, si las *unidades parte* no pueden darnos razón de las diferencias cualitativas de las sustancias, puesto que en los *isómeros* estas unidades siempre han de ser las mismas y en la misma proporción, habrá que recurrir a otra clase de unidad, a la *unidad conjunción*, que en cada isómero es distinta.

Y en esta *unidad conjunción* está el juego de la filosofía del pensador catalán, aunque él no emplee todavía esta expresión. Toda realidad, en cuanto que material, es compuesta, lo que hace que en su ser no cuenten sólo los *componentes*, sino que hay que atender también a la *composición*, y esto debido a que con los mismos *componentes* las *composiciones* que se pueden formar son muy variadas. Las ciencias naturales le han ido dando la razón, pues los seres que forman la naturaleza, la inmensa variedad de ellos, sólo son posibles por las diversas composiciones que se pueden hacer con un número muy limitado de elementos, los átomos, los que constituyen la tabla periódica de Mendeleev (1835-1917), que apenas alcanza el centenar. En el mundo biológico, el milagro está en que su enorme variedad es posible con un número muy pequeño de átomos diferentes, fundamentalmente carbono, hidrógeno y oxígeno, además de nitrógeno, y muy pocos más. Balmes sin duda desconocía todo esto que hoy sabemos, pero de alguna manera lo intuyó, y la naturaleza le ha dado la razón.

Si tomamos como modelo el lenguaje ordinario, concretamente el de la escritura alfabética, que es la más evolucionada, nos encontramos con el mismo milagro: que con unos pocos signos, unos veintisiete en nuestro castellano, se puede expresar todo. Es que la esencia del lenguaje ordinario no se queda en los *componentes*, sino que su razón alcanza también a la *composición*. Esto es lo que da a nuestro lenguaje un dinamismo que resulta imprescindible para expresar la realidad, que es muy dinámica, muy temporal, así como el conocimiento que tenemos de ella. Balmes descubrió este dinamismo en la observación de un hecho que hasta hoy ha pasado inadvertido, **que en el momento mismo de llegar a nuestra mente una palabra no identificamos su significado, sino tiempo después**. Hay, por lo tanto, un desajuste temporal entre el lenguaje hablado y el pensado, lo que facilita que la identificación del concepto correspondiente a cada palabra no sea *automática*, sino *autónoma*. Esto permite que a una misma palabra la podamos identificar con más de un concepto, lo que, además de dinamizar el lenguaje, lo simplifica de manera asombrosa, constituyendo así un gran alivio para la memoria. Pero quizá mucho más importante sea que de esta forma, al no entender los términos de manera automática, cortamos de raíz la posibilidad de que con el lenguaje se nos pueda manipular.

Se trata de una idea muy fecunda, la de la unidad, como ha dicho el propio Balmes, también muy sencilla, con la sencillez que hoy está pidiendo a gritos nuestra cada vez más compleja cultura. La idea de unidad es la gran luz que puede iluminar a los hombres, aunque, si no se la atempera, puede conducir al mayor apagón. En el mundo social, por ejemplo, todos nos entendemos en relación a las unidades más o menos culturales; dentro de las unidades políticas, es la del Estado la que hasta hoy parecía de mayor rango, la que ha entrado en crisis debido a la globalización. Así, hoy solemos seguir hacia arriba hasta llegar a la Humanidad, y aún podemos pasar al Universo entero. Son las *unidades conjunción* que nos iluminan en lo que somos y en lo que podemos ser, pero que pueden convertirse en un trágico apagón cuando alguna de ellas es utilizada para negar la luz que nace de todas las demás. Tal sería el caso de los *totalitarismos*, que tratan de ejercer el poder de manera dictatorial desde los intereses exclusivamente del *Estado*, que no acaban siendo otros que los del que gobierna, ignorando, por tanto, los intereses de todos los demás.

Me parece que la filosofía de Balmes puede resultar muy iluminadora si se accede a ella con la apertura necesaria y sin los prejuicios y los tópicos en que se ha envuelto a esta singular figura debido a nuestra mala historia, tanto la que está escrita en los libros como la que estamos viviendo ahora mismo.

NOTAS

(1) JAIME BALMES, *El criterio*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1968, pp. 106 y ss.
(2) JULIÁN SANZ PASCUAL, *Balmes, un pensador de hoy. Una filosofía de la objetividad*, Deauno.com, Buenos Aires, 2010.
(3) EL PAÍS SEMANAL, entrevista, 11 – 1 - 2009.
(4) ORTEGA Y GASSET, “Nueva revista”, *El imparcial,* 27 de abril de 1910. En tomo I de *Obras completas*, 1946, p. 20.
(5) MIGUEL DE UNAMUNO, *Contra esto y aquello,* Madrid 1910.
(6) HEGEL, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Ed. Porrua, México 1977, p. 155.
(7) JAIME BALMES, *Filosofía fundamental*, BAC, Madrid 1963, p. 264.
(8) JOAN MARAGALL, *Elogio de la palabra y otros artículos,* Biblioteca Básica Salvat 1970, p. 123
(9) JAIME BALMES, *Obras completas*, BAC, Madrid 1948, tomo I, p. 123.
(10) O. c. (8), pp. 50º-1.
(11) Ibídem, p. 12.
(12) Ibídem, pp. 504-5.
(13) PAUL DAVIES, *Sobre el tiempo*, Crítica, Barcelona 1995, p. 22.